

planada que, de noche, á la luz de los faroles de gas oscilantes bajo las ramas de las palmeras, parece cubierta por un encaje entre verde y rojizo.

Las canciones se sucedieron, unas, nuevas para mí; otras, ya conocidas. Todas ellas me recordaban la patria y parecían hablarme de íntimas y profundas conexiones entre el alma de los dos pueblos que, á través del Mediterráneo, se miran hace siglos y se buscan muy á menudo.



TERCERA PARTE

NUEVOS CUENTOS

AMORES

Con gran asombro del jefe de estación, bajaron en Arenal, aquel día, cuatro viajeros del tren de Madrid. Eran cuatro mujeres. Sin saludarse, sin mirarse apenas, dando á entender que no se conocían, emprendieron el camino del pueblo, una detrás de otra. Vestían de negro. La que iba delante, con paso agitado, nervioso, era morena pálida, de grandes ojos negros febriles, y señalábase al punto por la elegancia de su traje, la distinción fina y señorial de su continente, gracioso y animado todo él por cierto aire de viveza, de fuego, que arrastraba tras de sí la mirada de los hombres. Parecía una niña al andar; pero en las leves arrugas é hinchazones de su cara, en las curvas pesadas de su cuerpo, marcábase sin lugar á duda el paso de los años. La segunda era delgada, alta, encendida de rostro, morena también, de hermosos ojos oscuros y fresca boca, gravemente contraída. Llevaba manto de luto, que le desfiguraba el talle, de suave esbeltez. La tercera, muy blanca de cara, con una blancura trasparente que recordaba la de los granos de arroz, caminaba despacio, ceñuda, con gesto de suprema tristeza que, á veces, se iluminaba con relámpagos de enfado ó rubor; y en su mano fina, enguantada, oprimía un libro

encuadrado en tela roja. La última era bajita, gruesa, de ojos pequeños llenos de luz, y la más vieja de las cuatro. Su traje era sencillo, falto de elegancia; pero la modestia natural con que lo llevaba, producía al instante grata simpatía hacia la dueña.

Mientras caminaban, iban pensando las cuatro en lo mismo, es decir, *en las otras*; y cada una hubiera dado gustosa parte de su vida, por saber si era idéntico el motivo que las reunía allí, en aquel pueblo apartado, humilde pueblo de pescadores y de labriegos miserables. Cuando llegaron á las primeras casas, dividiéronse. Dos de las viajeras siguieron hacia la plaza; otra, torció á la izquierda por un sendero que cruzaba los rostrojos; y la última, después de vacilar un momento, se dirigió á un hombre que allí cerca cavaba sus campos.

—¿Hace usted el favor de decirme por dónde se va al cementerio?

El cavador alzó la cabeza al oír tan extraña pregunta, y quedóse mirando á la mujer, que parecía como avergonzada. Luego, con gran calma, sin dar aparentemente valor á la cosa, contestó:

—Por ese camino que ahí empieza, va usted derechamente al cementerio.

Dió gracias la mujer, y tomó la dirección indicada. Iba ahora de prisa, como deseando llegar pronto y mirando recelosamente á todas partes. Al volver de un recodo, vió que á poca distancia, delante de ella, caminaba la mujer del libro. Gran congoja la sobrecogió, al comprender que se dirigían las dos al mismo sitio; porque en la fina intuición de su alma cariñosa, no le cabía ya duda de que un propósito igual las conducía. Instintivamente, moderó el paso; y la otra siguió, eruida, trágica, insensible á todo, como un fantasma del dolor para quien el mundo es nada. El camino subía en zig-zag por una colina en cuyo remate se levantaban las tapias del cementerio. En la ladera crecían,

agarrándose con sus gruesas raíces al pedregoso declive, viejos algarrobos, de hoja fuerte y oscura; y de uno en otro, volaba á intervalos numerosa bandada de gorriones, con alegres chillidos.

La puerta del sagrado lugar estaba cerrada; pero la mujer del libro empujó con fuerza, y las inseguras hojas, cedieron. El escenario no podía ser más humilde. Muchas cruces en el suelo, sin verjas, sin flores, sin adorno alguno; y en aquella fúnebre monotonía, que respiraba envidiable paz, destacábase bruscamente un elevado sepulcro de piedra arenisca, amarillenta, construido en uno de los ángulos. Sobre él, caía á plomo la luz del sol, rodeándolo de una aureola animada, que parecía dar vueltas sin cesar.

La mujer se acercó, hasta tocar la piedra. En la lápida había un nombre y dos fechas, de las cuales la segunda indicaba que aquel mismo día cumpliase un año desde que el muerto halló eterno reposo bajo aquella losa pesada, signo de la suprema libertad. La visitante permaneció un momento de pié, inmóvil: parecían luchar en su cara la espresión de un rencor agudo, con la de un amor infinito, que por instantes crecía, y al fin, venció, anegándole los ojos en lágrimas, haciéndola caer de rodillas, con la cara entre las manos....

Acercóse entonces la otra, suavemente, como si resbalase por entre las negras cruces, cada vez más humilde, más pequeña. Al otro lado del sepulcro, arrodillóse también, en silencio; y sus labios descoloridos, que apenas se dibujaban en la faz exangüe, murmuraron levemente un rezo.

Y así continuaron ambas, absortas en su propio dolor, sin pensar la una en la otra, ajenas á todo... hasta que un rumor de voces que se acercaba, les hizo levantar la cabeza. Las otras dos viajeras entraban en el cementerio, acompañadas por el sacristán, muy asombrado de ver la puerta abierta.

—Espere usted ahí fuera!—dijo la morena de grandes ojos febriles, con tono imperativo; y el sacristán, como buen aldeano, socarrón y servil al propio tiempo, saludó obsequiosamente y salió, con ánimo de escuchar desde donde no fuera visto.

Las cuatro mujeres quedaron solas, frente á frente, y por primera vez se miraron, recelosas é inquietas. La del manto, dijo al fin, estremecida, como si un viento de indignación la agitase, y señalando la tumba:

—¡Ahí, no tiene derecho á arrodillarse nadie más que yo!

Y como notase un movimiento de las otras, añadió al punto:

—Soy su viuda. Murió en mis brazos; yo le cerré los ojos; para mí fué su última mirada y su último pensamiento. Me quería con toda su alma, y yo lo quise como á nadie en el mundo, rodeándolo de felicidad, sacrificándole gustosa mi sér entero, que ya para nada sirve, puesto que no sirve para él. Fué dichoso conmigo; yo borré su historia pasada...

—No le injuries!—interrumpió la nerviosa.—Su alma era más grande que tú la supones. Te quería inmensamente: tanto lo sé, que mi corazón todavía sangra por ello. Tú me lo quitaste; tú rompiste el lazo íntimo, apretado, que nos unía. Por tí soy yo, hace años, una muerta, una muerta que anda, que parece estar en el comercio de la vida y que en realidad no alienta; para la cual nada hay que la anime en el mundo... No, ya sé que no tienes la culpa. ¿Qué sabías tú, pobre mujer? Lo hallaste en tu camino y lo amaste, porque era forzoso que todos lo amasen, cuando llegaban á conocer los tesoros de su intimidad, de manera invencible, absoluta, que una vez impresa en el espíritu no se borra ni aún con la muerte. Pero él era bueno; y aún queriéndote, aún siéndote, fiel como te fué, aún rompiendo con todo lo demás del mundo, guardaba allá en lo hon-

do de su memoria un recuerdo de gratitud, de inefable poesía, para las pobres almas que se consumieron en su fuego y se entregaron á él absolutamente.

—¡Ah! crees que no lo sabía yo?—replicó la viuda.—¿Crees que no he torturado mi corazón mil veces con esa idea, de que algo, que yo no sabía definir, pero que veía con la intuición segura de una mujer enamorada, sustrata al calor de mi cariño, á la penetración múltiple de mi afecto (que se abrazaba á él y calaba en todo su ser, como si tuviera millones de brazos que entrasen adentro por los poros de su cuerpo bendito), una parte de su intimidad, cerrada para mí, apesar de toda mi locura de amor?..... ¡Dios me perdone, y permíname también él, que ahí abajo reposa! pero esa tortura levantó en mí más de una vez el odio hacia mi Guillermo, un odio doloroso, especie de clavo candente que hacía chirriar, quemándolas, mis entrañas, y que por momentos, contradiciéndose con el amor, disipábalo entre agudos gemidos, como el metal ardiente al agua fría.

—¡Y te quejas!—dijo entonces la dama del libro, adelantándose iracunda, la voz vibrante, amenazadora.—Tú has sido suya, su mujer; contigo ha edificado su hogar, ha conducido su vida durante años. Todo lo que podía darte, lo has tenido! y aún eres capaz de odiarlo?... Y yo, yo? (golpeóse el pecho con furia). Yo estuve á punto de ser lo que has sido tú; yo tuve casi en mis manos la felicidad, y luego he sufrido el tormento de ver que todas sus promesas de amor se cumplan en otra, que todo lo que decía quererme desvaneciase como el humo!

—¡A tí, te conozco!—exclamó la viuda.—Sé quien eres, sé tu historia. No culpes á nadie de lo que fué culpa tuya. No supiste comprenderlo; quisiste jugar con su alma, tan sincera y tan noble, y la perdiste. ¡Fué justicia!

—Si, lo confieso—replicó la del libro.—Era yo una

niña. Mi inexperiencia me llevó á herirlo cruelmente; pero rescaté mi falta con largueza. Cuando quise acudir á él, su alma estaba ya cerrada para mí. Supliqué y no contestó siquiera á mis súplicas. Hablaba á todos de mí, mepos á mí misma; y más de una vez tuve la ilusión de que volvía á ser mio, de que su espíritu sentía la nostalgia de los días felices; pero no: todo era pura poesía del cerebro, bordada sobre un fondo de indiferencia personal. Comparando aquel frío con el calor suave de su cariño anterior, creí que me había tenido en perpétuo engaño, y lo odié, lo desprecié, pateé con rabia su recuerdo sin conseguir arrancármelo, segura ya de que nunca juntaríamos nuestras vidas como soñé en un tiempo que se juntaran. É irritada contra mí, irritada contra todos, he vivido con el infierno en el alma, no sabiendo en rigor si lo adoraba ó lo aborrecía.

—¡Ninguna de las dos habeis sabido quererlo! —dijo con tristeza la de los ojos febriles.—Tú lo has gozado tuyo, lo has tenido á tu lado, has compartido con él la intimidad de la vida, ¡y aún has podido odiarlo, á veces!... Tú, sólo lo has conocido á medias, sólo has vivido con él en sueños, y fué un sueño más que lo perdieras. Pero yo, yo lo he tenido todo; he sido suya... suya (repitió con exaltación); en mis brazos ha desfallecido de amor, lo he cuidado enfermo; lo he velado dormido, contemplándolo, robando á mi cuerpo el descanso para poderlo ver más y más; lo he consolado en sus penas; le he inspirado sus creaciones y le he ayudado á formarlas; he despertado en él alegrías; le he hecho conocer sentimientos nuevos; le he dado mi salud, mi sangre, mi cuerpo, mi salvación, todo!... Mientras fué mio, su nombre era glorioso, brillaba en el mundo, todos me lo envidiaban: y yo no veía más que á él, importándome poco reputación, maledicencia, desprecio de las gentes... Fui para él, para él solo!..... Y todo eso lo perdí un día, brúscamente, sin grada-

ciones, sin compensación, pasando de las delicias de una felicidad inmensa que creíamos eterna uno y otro, á las negruras del abandono, á la tristeza horrible de ver cómo se desvanecía su amor, mientras el mio seguía cada vez más firme, más vehemente, como hoguera inextinguible. que el viento del desengaño sólo servía para avivar, avivar, quemándome en ella el sér entero. He llorado por él más que por mis padres, más que por mis hijos muertos, más que por nadie de los que me amaron: he sufrido cruelmente, muriéndome en silencio, no ahorrándome ni un desengaño, porque todo lo suyo lo he querido saber, para continuar nutriendo mi muerte con su vida. ¿No es mi tormento mayor que el tuyo, mujer, que lo has visto morir adorándole, y mil veces mayor que el tuyo, que no llegaste á gozar sus cariños y el fuego de sus abrazos?..... Y yo, ni un momento lo he odiado, ni un momento lo he maldecido; porque mi amor es más grande que todo: más grande que el dolor, que el desengaño, que la ofensa, que la ingratitud, que la muerte! Me di á él por toda una eternidad, y suya sigo siendo. Nunca habeis podido vosotras quererlo como yo lo quiero, porque sois esclavas del amor propio, y yo me purifiqué de él con sus besos.

Calló la dama; y su figura elegante, hermosea por el arrebató de la pasión, parecía elevarse al cielo radiante de luz, espiritualizada, magnífica, como grandiosa creación de las más nobles energías del alma. La viuda, anonadada por aquella revelación súbita, habíase dejado caer en el suelo; y recostada sobre una cruz, lloraba convulsivamente.

La cuarta de las viajeras, que hasta entonces nada había dicho, se acercó á ella y le rodeó el talle con sus brazos, apretándola contra sí.

—¿Y tú, tú quién eres, qué te trae aquí? exclamó la exaltada.

—Yo!—dijo la humilde, alzando el rostro bañado en lágrimas.—Soy la más triste y la más feliz de todas. Le amé, y nunca supo nada de mi amor. Pasó por mi lado ignorando lo que yo era para él, y sufrí, porque así le agradaba, el tormento de ser la confidente de todas sus ilusiones. Cuando se casó, lo perdí por entero. Nunca me quejé. Siendo él feliz, ¿qué me importaba lo demás? A las tres os envidio y á las tres os quiero, porque le habeis dado momentos de dicha en la vida. La muerte nos une. ¿Vamos á ser más crueles que ella?

Besó á la viuda; y levantándose, acercose á la de los ojos febriles, la cogió de un brazo, y llevósela junto al sepulcro.

—Pídele perdón—dijo.—Has cedido al orgullo, y has derramado amargura sobre la que más amó él.

Luego llamó á la del libro:

—Arroja ese recuerdo que de él conservas; entiérralo aquí, junto á su sepulcro para que no lo vea esa que ahí llora. Echa de tu alma el odio, y reza con nosotras.

Empujándola suavemente, la condujo hasta la viuda, la sentó á su lado, y sus tres cabezas se confundieron en un grupo, del que se elevaba dulce rumor de rezos.

Cuando se levantaron, la dama de los ojos febriles ya no podía verlas. Abrazada á la loba, había terminado sus sufrimientos. Su cara, vuelta de lado, parecía irradiar una dorada luz, que se mezclaba á la del sol triunfante en el cenit de un cielo limpio de nubes.



POMPAS DE JABÓN

Cuando avisaron á Guillermo que la ciudad estaba á la vista, sintió que le flaqueaban las piernas y que el corazón le latía violentamente. Aquella emoción, la esperaba. Venía pensando en ella desde que comenzó el viaje, seguro de que aparecería en el momento crítico y de que iría aumentando á medida que se renovasen las impresiones de aquel mundo de su juventud. La ausencia no había matado en Guillermo la poesía del pasado; antes bien, contribuyó—sustrayendo el espíritu á los efectos de la perenne renovación de las cosas, que lentamente va deformando las imágenes,—á que los hombres y las cosas perdurasen en el recuerdo tal como él los vió en tiempos ya lejanos; inmovilizados en sus formas y en sus expresiones de entonces. Falta del contraste con la realidad presente, aquella fotografía que llevaba en el alma no sufría el choque de la comparación, que convierte en ridiculos ó en lastimosos tantos retratos. Para Guillermo, la ciudad fué durante trece años la misma, la de sus ensueños juveniles, porque sólo la veía en su representación interior, con el amable romanticismo que acompaña todas nuestras visiones poéticas.

No pensaba, pues, el viajero en las novedades y mejoras que hallaría en la ciudad; pensaba tan sólo en las cosas y en las gentes viejas que sin duda, aún le esperaban! para renovar á sus ojos el cuadro de antaño.



Por eso le latía el corazón violentamente; y á medida que el vapor avanzaba, cortando las menudas olas azules del Mediterráneo, hacia el puerto resplandeciente de luz en aquel amanecer levantino, sentía crecerle la emoción. Pronto advirtió que el puerto estaba cambiado. Todo lo que en él era obra de los hombres, había sufrido variaciones considerables. Sólo la naturaleza era la misma, y á Guillermo le hablaba del ayer con el mismo lenguaje de signos de otras veces: el cielo puro, el sol brillante, y la faja de aguas terrosas que el río echaba en el mar, á la derecha de la dársena. Pero con serle á Guillermo muy grata la contemplación de aquellas cosas que ahora veía más intensamente, con más honda conciencia que antes, su espíritu saltaba por encima de ellas y se iba á buscar la ciudad, donde estaba el nido de sus ilusiones. No es que desease Guillermo ver á sus amigos inmediatamente. Al contrario, apetecía sustraerse por algún tiempo á toda compañía, para

entregarse de lleno, sin testigos y sin distracciones, á la evocación real del escenario de su vida juvenil. Y al saltar en tierra, sólo tenía un temor: que alguien le reconociese, que asomara por allí alguna cara conocida, alguno de esos obsequiosos acompañantes que más de una vez os matan la espontaneidad de la impresión personal. Por fortuna, Guillermo era entonces víctima de esa ilusión tan frecuente en nosotros que nos impide ver los cambios que hemos sufrido, poniéndonos eternamente ante los ojos del alma la imagen de los años más gratos y brillantes. Nadie lo reconoció en el muelle, y pudo dirigirse sin recelo á una fonda donde su nombre y su cara habían de ser perfectamente desconocidos.

Con gran miedo hizo su primera salida por las calles. Buscó la hora en que, casi con seguridad, los pocos amigos de la niñez que conservaba estarían prisioneros de sus respectivas ocupaciones, amarrados al bufete ó al escritorio; pero aún así, no las tenía todas consigo. A cada momento creía que le miraban, que se fijaban en él, que iban á llamarlo por su nombre. Necesitó algún tiempo para cerciorarse de que, si despertaba alguna leve curiosidad en los paseantes ociosos que descubren á la legua las caras de forasteros, en rigor discurría por entre una muchedumbre para quien era un perfecto anónimo. Y entonces sintió el goce—un poco melancólico, á lo último—del incógnito en la tierra que por tantos años había sido la suya. Pensó en esos cuentos, siempre repetidos, de príncipes que se codean con los súbditos, ocultando su personalidad, y hablan con unos y otros con cierta fruición en el inocente engaño, pero diciendo para sí:—;Si éste supiera quién soy! Sólo que el caso de Guillermo no era el mismo. Posiblemente, muchos de los que pasaban conocían su nombre; quizás no pocos habían sido compañeros suyos en la adolescencia; pero, de hecho, codeá-

base ahora con generaciones nuevas ó transformadas, que ya no eran la suya ni las que le rodeaban en los tiempos que él quería evocar. Si había de ser franco, diría que trece años no significaban una cifra excesiva para tamaña rotura en las relaciones sociales; pero Guillermo sufría aquí nueva ilusión; porque el mundo olvida pronto, y cuando se sale adolescente de un país para volver hombre, ya no hay esperanza de encontrar lo que se dejó.

A medida que Guillermo iba sintiéndose más seguro de su incógnito, más libre del temor que al salir le asaltara, iba también serenándose. A la tumultuosa emoción de los primeros momentos, había sustituido un a tranquila alegría, que paso á paso se alimentaba con la visión de las cosas que no habían envejecido ni variado. Una á una las buscó, por plazas y calles, huyendo de la ciudad nueva, de los ensanches lujosos que nada le decían, por que eran la repetición de otros cien, vistos en todas las ciudades de Europa. Se enfrascó por las vías estrechas y húmedas de la urbe vieja, con sus olores característicos, que reconoció al punto; entró en alguna iglesia, cuyos primores de arte habían sido sus primeras lecciones de belleza real; estuvo un rato en el santuario de la Patrona, siempre lleno de gentes que sin cesar se renuevan; se paró ante las chocolaterías en que tantas mañanas había repetido sus desayunos de estudiante que nunca ve saciado el apetito; salió á las afueras y estuvo á punto de dar gritos de entusiasmo ante los naranjales esplendentes de fruto maduro y de flor olorosa; recorrió los paseos, casi solitarios en aquella hora, donde había saltado con las alegres pandillas de sus compañeros de Universidad, y volvió á la fonda reconfortado con aquella nueva inmersión del espíritu en el mundo de los recuerdos plasmados en cosas reales. No sentía tristezas, ni se acordaba lo más mínimo de esos vulgares tópicos de elegía con que se suele

evocar el pasado en las conversaciones fútiles, que fluyen de los labios en frases hechas, sin que ni por un momento broten de la intimidad del alma. Frente á frente de su vida pretérita, gozaba reviviéndola sanamente, sin melancolía, y, cosa rara, dándose cuenta de que era una pura renovación espiritual, sintiendo la distancia que mediaba entre el ayer y el hoy, contento de juntarlos en un mismo instante.

Después de comer volvió á salir. Faltábale la prueba más fuerte de todas las que había pensado pasar. Había un rincón en la enorme urbe, que durante el día había esquivado y al que iba entonces derecho, porque las horas de la noche eran las más propicias para que levantase en él emociones que creía tener guardadas y que juzgaba ser las más intensas.

Allí estaba su ilusión, la novela de su juventud que él había seguido cultivando mentalmente, resistiéndose á ponerle fin no obstante la brusca sacudida, el golpe brutal que la había roto con un desengaño que durante algún tiempo manó sangre. Conforme se acercaba al sitio, Guillermo procuraba calentar más y más su fantasía, buscando la emoción que, indudablemente, debía de sentir. Pero la emoción no llegaba; el sentimiento se resistía á seguir las evocaciones mentales, y Guillermo veía con cierto terror que *todo aquello, tan suyo años antes, ahora se le aparecía objetivamente, como cosa de otro, que se contempla idealmente, sin que el sentimiento se interese en ello como se interesa en las cosas que continúan vivas en él. Pasó rozando las rejillas en que nacieron sus sueños de juventud; se paró ante la última, donde tantas noches había visto brillar, á través de la persiana, unos ojos negros que le decían amores; y la misma serena alegría de por la mañana, sin mezcla de confusión ni de palpitaciones violentas, le inundó el alma. Dentro, se oían voces, que ya no eran las voces de otros tiempos; sonaba un piano, que*